«Las distintas variaciones del paisaje romántico —dice Argullol—, tienden a mostrar la escisión entre la naturaleza y el hombre, y la tragedia de éste ante la inevitabilidad de tal escisión. Incapaz de recuperar su mítica relación primigenia con la naturaleza saturniana, se siente, al mismo tiempo, acorralado por la destructividad jupiterina. El paisaje romántico representa ambas circunstancias».

El Yo heroico del romanticismo

En las últimas páginas de su trabajo, Rafael Argullol explica cómo para el romántico, que rechaza la relatividad de los valores que el mundo de su tiempo le ofrece, ninguno de sus actos debe estar guiado por el absurdo y la gratuidad: «Su conciencia dolorosamente adquirida de pertenecer a un mundo espiritualmente superior, que necesariamente se halla convulsionado por las grandes pasiones y en contraposición al mundo inferior y mediocre de los que se consuelan en la resignación y en la miseria idolátrica, le conduce a la vigorosa aceptación de los principios desesperados, pero veraces, de la vida».

Todos los arquetipos del héroe romántico (el superhombre, el enamorado, el sonámbulo, el genio demoníaco, el nómada, el suicida) discurren entre dos puntos, que son la mortalidad sin esperanza y el desafío a la mortalidad. «Discurren, en definitiva —dice Argullol—, entre la inaccesibilidad del Unico y la energía autocreadora del Héroe».

El artista romántico, analizado por Rafael Argullol hasta sus más recónditas entretelas, persigue, en definitiva, un solo fin: la autocreación dolorosa y gozosa del propio Yo.

Isabel de Armas

Vargas Llosa: drama y tragedia

Desde que en 1952 estrenó un drama en Piura, a Vargas Llosa se le ha visto acercarse a los escenarios en varias ocasiones, siendo, tal vez, *La señorita de Tacna* (Seix Barral, 1981) una de sus piezas más logradas, sin olvidar *Kathie y el hipopótamo* (Seix Barral, 1983), configurándose como un autor eficaz, dominando la carpintería

teatral y creando desde las primeras escenas el ambiente necesario para lograr el suspense e interés adecuados a una historia bien contada hacia un desenlace lógicamente imprevisto y repleto de interés. De nuevo Vargas Llosa nos ofrece una pieza teatral, con el fondo de Piura «ciudad rodeada de arenales en el Norte del Perú» y nos introduce en el marco profundo de psicologías diversas y de una historia tan ambigua como patética titulada *La Chunga*[1].

Pero si el drama anterior tiene lugar en el Perú de 1945, Vargas Llosa sitúa 5 años después un relato tan increíble como real. Es la simple indagación de un crimen lo que nos lleva en su novela *¿Quién mató a Palomino Molero?*[2] a un conmovedor deambular de un teniente y un número de la Guardia Civil en torno a una sociedad corrompida y sutilmente violenta donde cualquier tragedia, como la que aquí se describe, es posible.

La Chunga, una extraña historia de amor

Junto a la imagen perseverante de Mario Vargas Llosa en una línea de clara denuncia de la actuación imperialista yanqui y de defensa de estamentos reprimidos de la América convulsa, su obra literaria va completándose sin prisa pero sin pausa, con obras donde florece la mejor poesía y la más clara alusión a las actuaciones íntimas de cada hombre y cada mujer en el contexto de ese mundo violento y degradado que emerge de ese primitivismo violento nacido de la pobreza más rotunda y que hace a los seres humanos víctimas de su propia desilusión ante una existencia rutinaria y brutal. La Chunga que regenta un bar donde «se hacen y se deshacen los ceremoniales y las pantomimas y las rústicas y elementales contradanzas de la atracción física y su proyección mental», es una mujer de inquietantes registros humanos, endurecida tal vez por la fatigosa tarea de aguantar a los inconquistables y otros borrachines de turno. En torno a ella se desarrolla un drama de diversos registros. Surgen el amor, la soledad, las relaciones humanas y el olvido. Todo es alegórico y vital. Como si la vida fuera una interminable sucesión de violencias inacabadas y de instintos raramente satisfechos, donde los egoísmos palpitan y se enseñorean del ambiente y de las costumbres de los hombres y mujeres que tienen que alternar una vida pobre y deningrante con el paraíso oscuro y silenciado del dolor.

Los inconquistables son cuatro extraños amigachos, embrutecidos por el alcohol y protagonistas del silencio que rodea a la propia Piura: el Mono, José, Josefino y Lituma. Se reúnen en el bar restaurante de la Chunga que «está en los alrededores del Estadio, en esa barriada de esteras y tablas que surgió no hace mucho en el arenal» piurano. Un día aparece Josefino con una mujer, que va a causar honda impresión entre los contertulios y que, tras una apuesta, llegará a una intimidad con la Chunga que permanecerá en el secreto más insondable, incluso años después cuan-

[1] *Mario Vargas Llosa: La Chunga. Teatro. Seix Barral, Barcelona 1986, 117 págs.*

[2] *Mario Vargas Llosa: ¿Quién mató a Palomino Molero? Seix Barral, Barcelona 1986, 189 págs.*

do Meche ha desaparecido y nadie puede encontrar una explicación plausible a esta desaparición. «La Chunga es una mujer espigada y sin edad, de expresión dura, de piel lisa y tirante, huesos firmes y ademanes enérgicos, que mira a la gente sin pestañear». Su historia es medio patética, encerrada en el ámbito oscuro de su bar apenas tiene relación con otro mundo que el que la visita. Por ello la aventura con Meche le dará posibilidad de mostrar su propia identidad, su capacidad para enfrentarse a una sociedad represiva e intolerante, su aventura particular para descubrir la fantasía y la ilusión, ya que todo lo demás, el bar y los parroquianos, no son más que un endiablado desequilibrio entre la realidad y la amargura.

Vargas Llosa mueve sus peones y nos ofrece una bella historia en distintos tempos y en planos donde el amor, la ansiedad y cierta violencia surgen en medio de un extenso ceremonial de confusión que limita con la tragedia. Surgen psicologías múltiples y variadas desazones, donde es posible desde el odio hasta la conmiseración, con la coartada de una poesía capaz de diluir dramas y violencias tal vez porque tanto la atracción física como la imaginación creadora hacen capaz una convivencia tan irreal como respetuosa con la intimidad que la contiene. El misterio permanece, el drama deja la sensación de un mundo extraño. Al fondo, Piura.

¿Quién mató a Palomino Molero?: Un extraño crimen

Piura, decía Vargas Llosa, es un lugar rodeado de desiertos. Sin embargo es escenario muy adecuado para una historia de crimen y suspense como esta novela que arranca de una visión real del novelista, la de un joven alcalde que aparece asesinado y mutilado, y cuya investigación se encarga a un teniente y un número de la Guardia Civil quienes, sin una aparente capacidad detectivesca van a llegar a desentrañar al autoría y circunstancias de la tragedia y sus flecos laterales.

El teniente Silva tiene como ayudante a Lituma, uno de los inconquistables que en el bar de la Chunga siguen bebiendo y jugando para mitigar sus aburridos ratos de ocio y que ahora tienen la comidilla de si por fin el teniente se tirará a la gorda doña Adriana que, al final, le dará sopas con honda al pretencioso oficial.

El teniente Silva comienza su investigación por caminos en principio poco lógicos, indagando alrededor de la vida de Palomino Molero, sus andanzas, sus aficiones y esa insólita decisión de ingresar en la Aviación, poco comprensible para todos, incluso para su mdre. «No lo levaron, fue de voluntario —gimoteó Doña Asunta—. Nadie le obligó. Se hizo avionero porque quiso. El mismo buscó su desgracia». Por ahí comienza a oler el teniente, buen sabueso al fin. De ahí sus entrevistas con el coronel Mindreau y sus primeras sospechas, incluso al contemplar la arrogancia de la hija de este jefe, como una primera posibilidad para ir hilvanando datos y noticias que puedan hacer comprender los últimos momentos del avionero, incluso cuando aparece el teniente Dufó y aparecen nuevas sospechas en el reducido entorno que lo emparenta con el coronel y la hija de éste.

Todo sucede en Talera, un lugarcito cercano a Piura, donde todo el mundo se

conoce y todos saben mucho de lo que les sucede a los demás, de ahí surgirá la posibilidad del teniente Silva para organizar su indagación e ir conociendo pequeños detalles que le llevarán a la solución del enigma. Un día le llega una nota: «A Palomino Molero, los que lo mataron lo fueron a sacar de casa de Doña Lupe, en Amotape. Ella sabe lo que pasó. Pregúntele». Y el teniente, acompañado de Lituma, va a preguntar. Lo que obtiene le da nuevas pistas en su deambular para descubrir al o a los asesinos de Palomino Molero.

Crimen no tan extraño ya que el teniente Silva y su ayudante Lituma, al margen de la pasión de aquel por su gordita, irán reduciendo las posibilidades y los protagonistas del asesinato, dejando pequeños cabos sueltos y analizando determinadas circunstancias en aras de llegar a una solución total de su jeroglífico detectivesco.

Esta nueva obra de Vargas Llosa, cuyo final no vamos a desvelar por pensar que los críticos que lo hacen ejercen una función arbitraria y demagógica al dejar a la obra comentada sin lectores ávidos de la necesaria impresión que les capacite para llegar al desenlace sugerido, es una bella novela, escrita con pausada determinación, con un amplio dominio del lenguaje y un suave deje de ironía entre macabra y violenta como si la vida se convirtiera en una burla frente a los deseos de los demás y la violencia ajena. Dominador del castellano, Vargas Llosa, simplemente, nos lleva por los sencillos caminos de la denuncia y la hospitalidad, pero de pronto nos hace tropezar con el rencor y la inquietud, como si los demás no fueran dueños de sus vidas frente al mar negro de otros egoísmos y otras histerias. Ha derivado todo hacia una acción coordinada de asesinos que tratan de romper un simple corazón, el de Palomino Molero, por haberse entrometido en el cuento de hadas que no le podía pertenecer por estar pensado para otro protagonista desde antes de su inicio. Así es como surgirá una especie de colectiva corrupción capaz de llegar al asesinato y de provocar la inútil tragedia. Surge como una pesadilla, una historia de mundos violentos y de íntimas intransigencias. Sólo queda el dolor.

Vargas Llosa nos ha ofrecido una bella novela, relato amplio y magnífico donde nada puede resultar real porque los egoísmos son cosa de otras esferas donde sólo se hace posible la tortura, tanto de Palomo Molero como de quienes transitan por la obra toda.

Manuel Quiroga Clérigo